

Strowska y traducidos al español por Benjamín Jarnés.

Nos ocurre con algunas de estas leyendas que al punto las reconocemos. Es que el material en que ha trabajado la autora parece tener variadas procedencias en el folclore de los países europeos. Es verdad que muchos elementos de éste se han mezclado y extendido mediante una asimilación que luego hace muy difícil la investigación del primer origen. De esta suerte, gran número de leyendas más o menos iguales aparecen como pertenecientes a pueblos distintos y hasta lejanos. Otras, en cantidad ciertamente menor, se encuentran incorporadas ya a la literatura universal. Entre estas cabe recordar la leyenda de Bartek, cuya celebridad como doctor debíase a su pacto con la muerte. Figura en los Cuentos de Andersen. Otros advierten su procedencia de Rusia, de Alemania o de Italia. El diabloje Chernucha, por ejemplo, héroe de varios cuentos polacos tiene grandes semejanzas con el Chernogof de los relatos populares rusos. En realidad se trata del mismo personaje y de un repertorio aproximadamente igual de aventuras.

Pero, claro está, nada de eso quita importancia al libro de Susana Strowska. El lector informado o curioso hallará en él una documentación animada, extraordinariamente sugestiva e interesante. En cuanto libro de imaginación, satisface no menos que los que lo han precedido en la ilustre colección mediante la cual se incorpora a la lengua española.—*R. C. M.*

ENSAYOS

FERNANDO GONZÁLEZ: *Mi Simón Bolívar, Vol. I.* (Lucas Ochoa). Medellín, Colombia 1930.

El primer libro del ensayista colombiano Fernando González titulado «Viaje a pie», mereció los mayores honores que en Colombia puede lograr una obra literaria: los honores de una Excomunión. El Arzobispo de Medellín y el Obispo de Manizales, en luengas cartas pastorales precavieron a sus ovejas del peligro «lascivo y volteriano» que constituía aquella presa, y extremando la nota, fundándose en la irrecusable doctrina de los Padres de la Iglesia y en los testimonios de los Concilios, llegaron a decir que la obra de González hasta atentaba contra el Derecho Natural. Porque para los obispos de Colombia que no parecen saber Etnología, el Derecho Natural es algo claro e indudable y enteramente conforme a los usos y costumbres que ellos recomiendan a sus diocesanos en las pastorales. En realidad, mirando las cosas con un criterio menos parroquial, no merecía Fernando González el descompuesto epíteto de «lascivo». Más bien en su obra que es una saludable homilía contra los prejuicios colombianos que naturalmente ofenderá a Telésforo, Obispo de Manizales, hasta se propicia cierto sistema de continencia fuerte y deportiva que no tiene por qué envolverse entre el incienso de la castidad jesuítica. Contra la lascivia simiesca del mulato que a

veces es sólo mala alimentación, pereza física, recreación en los pensamientos solitarios, abuso del ají, la pimienta y el onoto, siesta en la hamaca e influencia del medio telúrico, iba dirigido el libro polémico de Fernando González. Pero no hay salvación fuera de la Iglesia ni otra higiene física y mental que las de los jesuitas, dirían los Obispos colombianos.

La Excomuni6n «atae» o «ferrende» saententia, no arredró a Fernando de González, y con motivo del centenario de la muerte de Bolívar lanzó un nuevo libro.

El título engaña. En realidad González se propone escribir una biografía de Bolívar, pero antes de abordarla le parece interesante describir la reacción que en un hombre criollo produce la figura del Libertador, partir de ese hombre criollo y sus prejuicios para entender y situar mejor la peripecia del genio. Y este primer volumen es la biografía del futuro biógrafo del Libertador, que Fernando González vela bajo el criollísimo nombre de Lucas Ochoa.

Lucas Ochoa, educado por los jesuitas, como todos los jóvenes colombianos de alguna fortuna, se siente ahogado por los prejuicios de su parroquia; siente una instintiva repulsi6n por ese tipo medio de colombiano, «pequeño», de uñas amoratadas y amigo de los congresos», viaja por Norte América y compara el hombre tropical con el hombre yanqui; está otra vez en Colombia en un período de elecciones, los vecinos discuten sobre los méritos de Guillermo Va-

lencia y Vázquez Cobo; un político colombiano va a Norte América a hacer un empréstito para el ferrocarril de Antioquia, el empréstito que es por dos millones y medio de dólares se descompone en dos millones para el político y sus intermediarios y medio millón para el ferrocarril. La Retórica, la impresionabilidad, el leguleyismo y otros vicios criollos quedan en el libro de Fernando González muy mal parados. Y deseando superar la oscura realidad nativa, buscando el arquetipo de hombre en quien nuestra informe vida sudamericana se haga por primera vez acción y cultura, recuerda que en Santiago de León de Caracas nació un día de julio de 1783, el gran criollo que se llamó Simón Bolívar. Tratará a este Bolívar como un contemporáneo; lo pondrá frente a los mismos problemas que ofuscan a Lucas Ochoa, franqueará osadamente ese zona de henchida retórica que sus panegiristas han puesto entre nosotros y Bolívar, y descubrirá en su sentido pristino ese ser extraordinario y escaso que se llama UN HOMBRE. Todo un hombre como diría Unamuno.

La actitud realista de Fernando González no puede ser sino digna de loa... Para ser escritor de gran influencia en la zona más joven y comprensiva del pensamiento hispanoamericano, le sobran condiciones. Como si estuviera halagado por las censuras eclesiásticas que ha merecido su obra, extrema el empleo de ciertas palabras muy cervantistas y reciamente castizas

que hoy tienen escaso empleo literario. Tiene cierta predilección por lo escatológico. Creemos que esto es lo externo y temporal de su temperamento, el gusto del escándalo aldeano a que muy pocos escritores jóvenes saben renunciar. Pero cuando esta transitoria etapa de su vida de escritor, cese, quedará el escritor jugoso, viril y altivo que supo situarse directa y valientemente frente a la realidad. Su patriotismo pleno de vigilancia civil y desnuda crítica, que es la mejor cooperación de un escritor joven al progreso y mejoramiento de nuestra turbia vida criolla.—*M. Picón Salas.*

EL ANGEL AZUL, por *Heinrich Mann.*

Conocíamos ya esta novela a través de la película alemana de igual nombre estrenada hace poco en el país; pero este conocimiento era sólo parcial, un conocimiento a medias, ya que entre novela y película no hay sino escaso parecido. Los cinematografistas aprovecharon la figura del profesor Raat y una parte de la obra de Mann; lo demás, como sucede en casos parecidos, quedó librado a la inventiva del director, que no siempre es de la mejor calidad. Sin embargo, en aquella ocasión la inventiva no anduvo del todo desacertada y la cinta gustó a pesar de sus transiciones entre tragedia y el sentimentalismo barato. La novela, ahora, nos ofrece la verdadera historia del profesor Raat o del profesor Basura, como quiera llamársele, ya que por los dos nombres se le conoce en el libro de Heinrich

Mann. (Raat, apellido; Unrat, basura, juego de palabras intraducible en castellano).

Heinrich es hermano de Thomas Mann, el conocido autor de *La muerte en Venecia*, y se diferencia de él en el objeto de sus novelas. Mientras Thomas se dedica a obras de construcción ideológicas, de ideas puras, o, como en el caso *Alteza Real*, a novelas sin alcance social alguno, Heinrich toma por fin de sus obras la crítica social. Así *El súbdito*,

la novela del burgués a quien el Imperio se le sube a la cabeza y que se pasa la vida mimando en triste caricatura los grandes gestos de su Kaiser,

y así este libro que comentamos (1), en el que el autor desmenuza la personalidad psicológica de un profesor alemán de Instituto, representante de un sistema educacional que va desapareciendo. El libro resulta raro. Ese profesor de griego, conocedor de todos los valores de la literatura antigua, que se sabe de memoria todas las variantes de las obras de Homero, y que un día, llevado de una pasión rompe con su posición social y moral y llega a ser, alternativamente, jugador, vividor, respetando las infidelidades de su mujer porque cree que de esta manera se venga de los que le odiaban, ya que se arruinan por su esposa. Y que termina en ladrón, resulta demasiado raro casi increíble.

Pero el libro interesa; se lee con agrado la desgraciada historia del

(1) Cenit. Madrid, 1931.